



Tiempo de lectura: 4 min.

[Ignacio Avalos Gutierrez](#)

El año que viene se celebrará el Campeonato Mundial de Fútbol, en su edición número veintidós. Esta vez tendrá lugar, con algunos cambios que rompen, digámoslo así, con su tradición. Por primera vez contará con tres sedes (México, Canadá y sobre todo Estados Unidos, en el que habrá muchos más juegos), con el mayor número de selecciones (cuarenta y ocho) y con casi el doble de los partidos (ciento cuatro). Así mismo, será el más largo, comenzará en el Estadio Azteca el 11 de junio y culminará en el MetLife Stadium, ubicado en Nueva York, el 19 de julio.

La “revancha” de Donal Trump

Hace unos días se celebró el sorteo que decidirá cómo se integran los ocho grupos que determinarán la manera como se enfrentan las distintas selecciones, al inicio de la competencia. Por cierto, me entero de que clasificaron dos países que, perdóneseme la ignorancia, ni siquiera sabía que jugaban fútbol, haciéndome cada vez inexplicable y lamentable que la Vinotinto quede por fuera y uno tenga que canalizar sus simpatías hacia otros equipos.

El evento se llevó a cabo en el Kennedy Center, con Donald Trump acaparando todos los reflectores, y proclamando, con la modestia a la que nos tiene habituados, que este mundial será el mejor de la historia y, abro comillas,

“el mejor del futuro”.

Fue éstas la ocasión propicia para que el presidente de la FIFA, Gianni Infantino, su gran amigo, le entregara el Premio Mundial de la Paz, enmendando la injusticia cometida al no concedérsele el Premio Nobel que se otorga en Noruega, a pesar de “sus acciones excepcionales y extraordinarias para promover la paz”. “He salvado millones de vidas, convirtiendo al mundo en un lugar más seguro”, expresó Trump en sus palabras de agradecimiento. Dicho sea de paso, el galardón dio pie para que la organización de los derechos humanos Fair Square, acusara a Infantino de violar el Código de Ética, al no respetar las cláusulas que pautan su neutralidad política.

La politización del Mundial

Con la anuencia y la complicidad de Infantino, el presidente norteamericano mostró que también en el fútbol puede hacer las cosas al margen de cualquier criterio que no sea el suyo, tal y como lo ha demostrado en su estrategia arancelaria, la despiadada política migratoria, su intervención en el conflicto planteado entre Rusia y Ucrania, las tensiones que ha generado con la Unión Europea, la resurrección de la Doctrina Monroe con respecto a América Latina y otras arbitrariedades que encajan dentro de la Estrategia de Seguridad Nacional, recientemente aprobada, y en cuyo preámbulo se establece la importancia de los intereses propios de Estados Unidos y la supeditación del mundo a ese fin.

A lo anterior se suma la degradación progresiva de la propia democracia americana, denunciada por algunas organizaciones de derechos humanos que han advertido la implantación de un “populismo autoritario”

Un negocio espectacular

Por su parte, Infantino sabe que, con el respaldo incondicional de Trump, puede asegurar su reelección para un tercer período como jefe del balompié mundial. Está seguro de que, más allá de lo que ocurra en la cancha, este deporte es un gran negocio y lo seguirá siendo en sus manos. Bajo este propósito está tomando nota de los principales eventos deportivos estadounidenses (rugby, beisbol, baloncesto), que cada vez más se venden como un espectáculo.

De allí la idea de multiplicar los espacios, con el fin de que antes, en y después de los partidos, sean inundados por anuncios comerciales. Un “detalle” sirve de ejemplo de lo anterior: se ha decidido que en todos los partidos, independientemente de las condiciones meteorológicas, debe incluir un descanso de tres minutos a mitad de cada tiempo, denominado “pausas de

hidratación”, lo que dividirá los juegos en cuatro cuartos, concebidos para aumentar las propagandas.

Cuando se llevó a cabo el mundial anterior que organizó Estados Unidos (año 1994), temí que el futbol se fuera a “norteamericanizar”, mediante la modificación de algunas de sus reglas, cosa que afortunadamente no ocurrió. Pero de cara el que se realizará el próximo año, estoy un poco pesimista. Me asusta, no exagero, el interés de Trump por el “soccer”, su obsesión por ser recordado como quien lo convirtió en el deporte más popular de su país.

Ni Trump ni Infantino lo impedirán

El fútbol es el deporte más universal, el más importante desde el punto de vista social, cultural y económico. El único que se juega con los pies, utilizados para patear el balón, ese objeto redondo, cuyos movimientos hay que saber descifrar. En este sentido, el poeta Antonio Del Toro habla de “la venganza del pie sobre la mano”, señalando que la especie que se desarrolló gracias al cerebro, al ojo y al pulgar, vuelve a su origen pateando una pelota. Aunque a primera vista luce simple, el futbol es complicado. De acuerdo con la descripción Jorge Valdano, gran jugador y hoy en día un referente intelectual indispensable para comprender este deporte, se trata de “una representación teatral en la que nunca se sabe dónde está el nudo de la obra”. O como, en otra versión, lo expresó Johan Cruyff, el capitán de la famosa “Naranja Mecánica, como se denominó a la selección holandesa de la década de los setenta, se trata de “un deporte muy sencillo, pero jugar un fútbol sencillo es la cosa más difícil que hay”.

En fin, a pesar de lo escrito en estas líneas, yo estaré atento al mundial. Hago más las palabras que dijo en una entrevista Kevin Keegan, gran jugador inglés, “El asunto más difícil es encontrar algo para reemplazar al fútbol, porque no hay nada. Trump ni Infantino lograrán que no lo vea. Mi vida siempre ha girado en torno al balón, no puedo traicionar al niño que fui. Y estaré pendiente, aunque Gemini me quiera quitar el suspenso y adivine que la selección de España ganará la Copa Mundial.

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)